



Miguel Fisac: Estudio del arquitecto. Alcobendas (1971)

La arquitectura, como los árboles, está en un paisaje. Yo no puedo decir: «ahora planto aquí un cocotero». Para mí eso fue una cosa definitiva.

–Y ¿en qué medida contemplas, al proyectar, el poso de la cultura arquitectónica?

–Creo que las tres primeras condiciones son: el programa, el sitio y el cómo se construye; con ello tienes ya elementos para proyectar. ¿Qué queda luego? Queda una cierta sensibilidad...

Yo me acostumbré a ver edificios y analizarlos; y reparaba en el efecto que me hacían, con objeto de estudiar por qué me gustaban o por qué no me gustaban, pero como consecuencia. Hay una manera, una cierta sensibilidad que buscas..., con la que ya tienes que procurar hacer aquello: ¡no una cosa que te sacas de la manga!; porque si te la sacas de la manga también te las puedes sacar de una revista, o de otra cosa... De mi arquitectura se puede decir de todo menos que esté copiada de aquí o de allá, ni de las cosas más siquiera.

Para mí es muy divertido el proyectar. ¿Por qué? Pues porque no me planteo el querer hacer algo erudito; no creo que la erudición sea buena. Yo creo que, en parte, la erudición más bien estorba al arquitecto que se va a dedicar a hacer arquitectura; ahora los chicos en la Escuela, como tienen una información tan tremenda, tienen el peligro de coger las revistas y hacerse un lío tremendo.

–¿Crees, más bien, en la asimilación pausada de la lección de la historia?

–Sí, como decía antes, cuando quise lanzarme a hacer la iglesia del Espíritu Santo decidí que el *Quattrocento* y el *Cinquecento* había que saberse-lo. Me encontré con un libro extraordinario: el Letarouilly; el Letarouilly me lo sabía yo de memoria. Y luego, claro, cuando dije «esto se ha acabado y tiro por otro lado», pues lo llevaba dentro. Y hay ciertas cosas que hago, en las que no caigo en la tentación de hacer una tontería de esas, precisamente, porque tengo una formación clásica; por eso, cuando venían estudiantes a preguntarme cómo yo les decía: «Primero aprendete el Letarouilly, y después olvídale; pero primero aprendetelo».

Y el dibujar y el aprender copiando estatuas griegas también me sirvió de mucho. Eso da tranquilidad y sosiego, y un modo de distinguir si las cosas te hacen bien o no te hacen bien; y, a la hora de proyectar, una vez que está ya hecho el *monstruo* primero de la construcción en toda su sequedad, empiezas a ver cómo. Yo por eso digo siempre que la solución